

## EL COMUNISMO EN LOS PAISES DEL MUNDO LIBRE

Al iniciar un análisis concreto del fenómeno comunista son recordadas las afirmaciones con las cuales hace más de cincuenta años, en el momento de la conquista del poder en Rusia, los jefes soviéticos se presentaron en el escenario mundial, bosquejando sin medios términos la posibilidad de un conflicto entre mundo libre y comunismo.

A la distancia de más de cincuenta años, estas afirmaciones conservan intacta su validez. El brazo de hierro entre mundo libre y dictadura, entre Oriente y Occidente, está en pleno desenvolvimiento, mientras que una conspicua parte del globo ha caído bajo el control del comunismo.

Una nueva prueba concreta de la peligrosidad de esta situación, nosotros, los italianos, la tenemos diariamente. A costa nuestra nos hemos dado cuenta de lo que significa albergar al más fuerte, despreocupado y combativo partido comunista del Occidente europeo.

Pero el aspecto que más preocupa de este lento fenómeno de intoxicación lo da la comprobación de que, además de las fórmulas vacías y los esquemas demagógicos, el partido comunista parece obtener mayores ventajas de las continuas experimentaciones de un diálogo imposible, que ha tenido como sola consecuencia la injerencia marxista en sectores que hasta ayer le eran totalmente hostiles.

El partido comunista italiano obtuvo en las elecciones para la Asamblea Constituyente de 1946 (que fue la primera después de la caída del fascismo) 4.346.686 votos; es decir, el 19 por 100 de los sufragios expresados. Sólo dos partidos lo superaban en cuanto a puntos de vista electorales: la democracia cristiana tuvo 8.080.664 votos, equivalentes al 35,2 por 100, y el partido socialista italiano, que conquistó 4.758.129 votos, equivalentes al 20,7 por 100.

A la distancia de casi veinte años, la situación ha dado la vuelta casi totalmente. Las cifras, en su descarnada imparcialidad, son impresionantes, y nos dicen que el partido comunista es ciertamente el único grupo político

italiano en continuo ascenso, el único que puede registrar una continua evolución en los sentidos de organización y electoral. Todo ello a pesar de las frecuentes involuciones ideológicas, a las cuales le obligan las mutaciones en el vértice del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) como partido guía.

El avance del PCI (Partido Comunista Italiano) ha sido siempre constante e imposible de contener, hasta en aquellas regiones como Umbría, las Marcas, Toscana y Emilia, donde se suponía que la reserva de votos comunistas fuese desde ahora utilizada al máximo. Se trata de datos de hecho irrefutables, que aparecen aún más preocupantes si se considera sobre cuáles bases electorales se apoya esta masa electoral. Según noticias de fuentes comunistas, recientemente el PCI estaba articulado en 113 federaciones, 18 comités regionales, 334 comités de zona, 37 comités de ciudad, 387 comités comunales, 11.222 secciones y núcleos y 33.646 células, de las cuales 4.536, femeninas.

Para comprender la amplitud y la profundidad de la penetración comunista en Italia basta pensar que ante las 33.646 células y las 11.222 secciones, la única organización estructurada con los mismos criterios capilares que en nuestro país está en grado de competir con esta máquina es la católica. Ella puede oponer al aparato comunista 26.000 parroquias. Ha de observarse bien: 26.000 parroquias contra 33.646 células y 11.222 secciones. La confrontación es impresionante e induce a amargas consideraciones.

Una rápida ojeada panorámica nos confirma que en cuanto se refiere a Europa, dos países, además de Italia, se encuentran teniendo que combatir con partidos comunistas aguerridos y bien organizados: Francia y Finlandia.

En Francia, en el mismo 1958, después de la conquista del poder por parte del movimiento degaullista, el temor de un golpe de mano comunista indujo al Gobierno a lanzar una ley electoral que favorecía hasta el máximo a los partidos legalistas, dejando cortados y automáticamente fuera de la representación parlamentaria de masa a los grupos aislados. El partido comunista fue entre éstos el primero y el más duramente afectado. A pesar de la conquista del 18,9 por 100 de los votos, de hecho sólo obtuvo 10 puestos en la Asamblea Nacional.

El temor de una reacción marxista a la instauración de un régimen de derecha, o al menos moderado, estuvo en la base de una serie de propuestas que tendían a regular (sobre el plano legislativo) las funciones y las atribuciones de los partidos políticos, y esto con el preciso intento de bloquear

legalmente las maniobras ruinosas del partido comunista francés. A tal propósito, es de particular interés el artículo 4 de la Constitución, que dice textualmente:

*Los partidos y las agrupaciones políticas concurren a la expresión del sufragio; ellos se forman y ejercitan sus actividades libremente. Pero deben respetar los principios de la soberanía nacional y de la democracia.*

Elaborado por el Comité Consultivo Nacional, este artículo, a la par de los otros, es un típico ejemplo de la situación determinada en Francia después de 1958. Es cierto que los extensores, aunque sin nombrarlo, tenían presente al partido comunista en la elaboración de este texto. Tanto que según una fuente oficial, comentando una observación expresada por la oposición, afirmó:

*Habría sido extraño que el comité no hubiese pensado en el partido comunista. Pero indiscutiblemente este texto supera una preocupación de este género. De hecho el partido comunista no es el único susceptible de ser vigilado. Realmente no es concebible que se forme, por ejemplo, una reagrupación abierta y agresivamente antirrepublicana, que caería en el acto bajo las sanciones previstas por el artículo 4.*

Así, pues, es evidente que también en Francia la preocupación por contener las actividades subversivas de los comunistas (que se han ejercido varias veces en época pasada) cae bajo los rigores de la ley.

A título de curiosidad va también dicho que la primera norma declaradamente antisubversiva fue promulgada precisamente en Francia el 14 de marzo de 1872, o sea cuando, después de la conclusión trágica del movimiento de la Commune parisiense, que había costado la vida a 50.000 franceses, la Asamblea Nacional votó por gran mayoría la disolución de la Asociación Internacional de Trabajadores, primer movimiento de extrema izquierda que recuerde la historia moderna. Aquella ley permaneció en vigor cerca de treinta años, y sólo fue abolida en 1901 por el Gobierno, de tendencia radical, de Waldeck Rousseau.

De todos modos, la legislación francesa es rica en intentos y propósitos anticomunistas. Entre las abundantes disposiciones merecen ser recordadas

aquí la ley de 10 de enero de 1936, sobre los grupos de combate y las milicias privadas; el decreto del 26 de septiembre de 1939, referente a la disolución del partido comunista francés y de todas las organizaciones afiliadas; la ley del 20 de enero de 1940, sobre la abolición del mandato parlamentario de algunos diputados comunistas. El decreto de 1939 y la ley de 1940 llevaban una firma no sospechosa: la del que era entonces presidente del Consejo, Edouard Daladier.

En el viento pacificador que brotó de la liberación, el precio del abrazo entre los demócratas y los comunistas fue la abolición de todas estas disposiciones. Por tanto, el partido comunista francés volvió a la legalidad con sus velas desplegadas y con la posibilidad de apoderarse del poder por medios ortodoxos. Pero la experiencia precedente y el temor de un nuevo movimiento revolucionario abrieron los ojos a los legisladores de la V República, los cuales lanzaron una ley electoral restrictiva y con la tendencia de alcanzar exclusivamente a los comunistas. E insertaron en la Constitución una vaga alusión a los medios puestos a disposición del Estado para defenderse de la subversión en general y de la extrema izquierda en particular.

Estos remedios, aplicados cautamente y con el temor de atraer contra quienes los idearon la espantosa acusación de antidemocracia han producido un efecto limitado. De hecho el comunismo, o se combate con energía, o se acepta sin hacer consideraciones. Las medidas a medias no sirven.

Hoy, el partido comunista francés, a pesar de la desaparición de un líder de autoridad como Thorez y de su sustitución por jefes descoloridos; a pesar de las incidencias que los acontecimientos internos de la Unión Soviética tienen siempre sobre todos los partidos satélites, prácticamente se ha vuelto a insertar en el sistema.

Los partidos comunistas de Italia, Francia y Finlandia representan la única realidad peligrosa en una Europa libre, que no entiende absolutamente ceder a las lisonjas de una ideología que roce los límites de la comprensión de la tolerancia humana. Fuera de estas tres naciones, el comunismo organizado ha hecho y continúa haciendo un agujero en el agua, y esto a pesar de las lisonjas, los medios empleados y las tentativas de todo género efectuadas.

Desde el punto de vista de la penetración comunista (excluyendo a Italia, Francia y Finlandia), podemos dividir a Europa en dos zonas: a la primera pertenecen los movimientos ligados a las directivas de Moscú, que bien o mal, al precio de grandes sacrificios, han logrado crearse una limitadísima base de acción, sin perspectivas futuras, pero de todos modos capaz de

garantizar una presencia en la vida pública. A la segunda pertenecen aquellos que son totalmente ignorados por la opinión pública, que no les ha concedido la posibilidad de conquistar representación parlamentaria ni el modo de estructurarse de manera apreciable.

Al primer grupo pertenecen los partidos comunistas de Grecia, Islandia, Luxemburgo, Suecia, Bélgica, Holanda y Suiza.

En Grecia el partido comunista está fuera de la ley, como el resto de todos los otros grupos políticos. La primera vez fue prohibido en 1936 con la llegada al poder del general Metaxas. Pero la guerra y sobre todo la lucha partisana volvieron a ponerlo en marcha hasta consentirle desencadenar contra el Gobierno legítimo una lucha que duró hasta 1949. Los tristes sucesos de este tenebroso episodio (constelados de crueldad sin nombre y de matanzas incontables) son demasiado conocidos para que aquí pueda rehacerse la historia. Solamente diremos que sobre el plano jurídico el partido comunista helénico fue disuelto por segunda vez en diciembre de 1947.

Habiendo transportado sus penates al exterior, los jefes comunistas griegos intentaron jugar nuevamente la carta de la legalidad bajo la etiqueta de un movimiento que participaba en la vida pública, pero que efectivamente se rehacía en pleno bajo la tesis marxista. Era la Unión Democrática de Izquierda, EDA; pero sin éxito. Los acontecimientos de la guerra civil están impresos con letras de sangre en la memoria de los griegos y demasiado próximos para que la opinión pública pueda de nuevo conceder confianza al comunismo bajo cualquier etiqueta que se presente.

En Islandia el partido comunista se llama Unión Popular, y reagrupa no sólo a los comunistas en sentido estricto, sino también a la fracción de extrema izquierda del socialismo local. Es un partido bastante limitado, aunque es avalado con el apoyo de buena parte de los sindicatos. Y machaca con su propaganda sobre cierto descontento, vagamente difuso en algunos sectores de la opinión pública, por la existencia sobre el territorio islandés de algunas bases militares norteamericanas.

En Luxemburgo se ha tenido el único fenómeno de positiva conducción de la lucha por parte de los comunistas en el cuadro de un total regreso al campo europeo. Pero evidentemente el peso de Luxemburgo en la opinión pública no es de tal modo que pueda influir (con las mutaciones internas referentes a los marxistas) sobre las constantes de la política. Y de tal modo, si todos los éxitos de los comunistas fuesen de esta calidad, estaríamos dispuestos a concederles otros semejantes.

En Suecia, es decir, en un país decidido a defender a toda costa su propia neutralidad, las tentaciones demagógicas de los comunistas prenden escasamente. Lo mismo diremos para Bélgica, donde el partido comunista es una minoría insignificante. Pero la crisis del comunismo como partido organizado y como ideología se manifiesta con toda su amplitud, sobre todo, en Holanda y en Suiza.

En Holanda la parábola descendente es documentada de manera impresionante por la constante disminución de sufragios y de adhesiones. Sobre las alas del entusiasmo de la victoria en 1946, el partido obtuvo el 10,5 por 100 de los votos, pero (caso único en Europa occidental) no entró en el Gobierno de coalición surgido de la *Union Sacré*, firmada por todos los partidos que habían participado en la lucha de liberación. En 1948 la proporción descendió al 8 por 100; después, en 1952, al 6 por 100, y así sucesivamente hasta las recientes elecciones legislativas.

En Suiza el minúsculo partido del Trabajo no representa ni siquiera todo el subproletariado helvético, porque es asediado por la competencia de un nuevo partido comunista filochino, creado el año pasado.

En los Países Bajos y en Suiza la crisis del comunismo encuentra justificación en el alto nivel y en la madurez de los respectivos pueblos, los cuales se guardan bien de tomar en serio manifestaciones de carácter patológico, expresadas por el marxismo.

Al segundo grupo de los partidos comunistas europeos pertenecen aquellos que son totalmente ignorados por la opinión pública, que no les ha concedido ni la posibilidad de conquistar representación parlamentaria ni de estructurarse de un modo apreciable. Son Inglaterra, Dinamarca, Noruega y Austria.

En Inglaterra, con la muerte de Harry Pollit, líder del marxismo local, el partido comunista ha perdido al único hombre político de cierto valor y, por tanto, el único en grado de defender una situación que en un país como Gran Bretaña se presenta paradójica o directamente ridícula. A esto se añade la crisis que explotó el año pasado con la creación de un grupo secesionista filochino, con lo cual puede darse cuenta de la dramática situación en que se encuentra el comunismo británico. La existencia de crisis permanentes en lo interno de su aparato parece de todos modos ser una situación congénita del marxismo del otro lado del canal de la Mancha. Ya en 1941, después de la firma del pacto Hitler-Stalin, el partido vio suprimir su órgano oficial, *Daily Worker*, por causa de la posición derrotista

que había adoptado, y que contrastaba con los intereses del país, empeñado en el esfuerzo bélico.

La alianza entre la Unión Soviética y la Gran Bretaña restableció el equilibrio en lo interno del movimiento, que en 1944 alcanzó la destacada cifra de 47.000 inscritos, que fue la más alta conseguida desde su fundación. Los reflejos de tal obra de proselitismo fueron igualmente positivos sobre el plano electoral. En 1945 el partido obtuvo 100.000 votos y dos escaños. Pero el éxito fue de brevísima duración, y la disminución de votos ha sido constante desde entonces.

Excluidos de las Trade Unions y sobre todo del Sindicato de la Electricidad (único organismo obrero bajo control marxista), los comunistas representan hoy en Inglaterra una minoría tan insignificante que no son tomados en consideración, ni siquiera como fenómeno de curiosidad.

Ni más ni menos es análoga la situación del comunismo en Dinamarca. Después de haber estado en el Gobierno en 1945, en el ministerio de coalición surgido de la alianza entre los partidos que habían participado en la lucha clandestina, y de haber llegado a conquistar el 12,5 por 100 de los votos, el movimiento ha llegado hoy a disponer de pocos millares de votos.

Idéntica es la explicación para Noruega, donde el diagrama de fortuna comunista ha seguido el mismo proceso; clamorosa victoria electoral en 1945 (con la conquista del 11,4 por 100 de los votos) y sucesivo gradual disgregarse, ha llevado hoy al partido a ser una brizna inexistente.

En Austria, en fin, a pesar de la presencia inicial, maciza e invasora del cuerpo soviético de ocupación, los comunistas no han sabido hacer más que perder gradualmente afiliados y votos.

Alemania merece una exposición aparte. En un país martirizado por la guerra y masacrado literalmente por la ocupación soviética, el comunismo solamente podía ser impuesto con la fuerza. Y de hecho, sólo con los usuales métodos de coacción fue implantado y llegó a ser partido del régimen en Alemania Oriental. En la República Federal Alemana, Marx Reimann, el viejo jefe del comunismo tudesco, tuvo un cometido mucho más difícil. Constreñido a combatir en condiciones incómodas, teniendo en frente a un pueblo directamente envenenado contra la Unión Soviética y todos sus símbolos militares y políticos, hizo lo que pudo para evitar la total desaparición de su movimiento.

En las elecciones de 1949 el partido conquistó el 11,6 por 100 de los votos y 15 escaños, y en las de 1953, el 2 por 100 de los sufragios y ningún man-

dato. La desaparición del comunismo en la vida parlamentaria debió ser el preludeo a su desaparición hasta de la vida social.

El 17 de agosto de 1956 el Tribunal Federal de Karlsruhe, órgano competente para juzgar, entre otros, sobre el inconstitucionalismo de los grupos políticos, declaró que el partido comunista alemán estaba desarrollando actividades ilegales y, por lo tanto, ordenó su disolución.

La decisión del Tribunal Federal fue tomada a base del artículo 21 de la Ley Fundamental de la República Federal Alemana, que dice textualmente:

*Los partidos cooperan a la formación de la voluntad política del pueblo. Su fundación es libre, pero la organización interna debe responder a los principios democráticos. Deben dar cuenta públicamente de la procedencia de sus recursos. Los partidos que por causa de la finalidad o de la actitud de sus afiliados traten de ocasionar perjuicios al orden fundamental libre y democrático, derribar o comprometer la existencia de la República Federal de Alemania son anticonstitucionales. El Tribunal Federal decide sobre la cuestión del anticonstitucionalismo.*

Quitado del escenario como agrupación en grado de concurrir legalmente a la formación de la voluntad política nacional, el partido comunista alemán se transfirió a Alemania Oriental, desde donde continúa desarrollando su actividad con iniciativas clandestinas, consistentes sobre todo en la difusión de las ideas subversivas en las Fuerzas Armadas. Entre tanto, el cometido de representar oficialmente a la extrema izquierda ante la opinión pública fue confiado a un organismo de flaqueo, la Unión Pacifista, que en la prueba de los hechos se reveló como menos idónea que el partido comunista para recoger las simpatías de los alemanes. No parece tener mejor fortuna el nuevamente nacido partido comunista alemán, cuya reconstitución ha sido autorizada estos últimos años.

En Europa otros dos países (además de Alemania Federal y Grecia), han puesto fuera de la ley al partido comunista: España y Portugal. En España hablar del marxismo no sólo no tiene valor, sino que ofende el sentido moral de un pueblo que del comunismo ha tenido que sufrir injusticias. La extrema izquierda fue puesta fuera de la ley después de la guerra civil con un preciso acto jurídico: la promulgación de la *Ley del 1 de marzo de 1940. Delitos de masonería y comunismo*, donde comunismo y masonería

son puestos sobre el mismo plano como manifestaciones antisociales y de extrema peligrosidad.

La norma en cuestión ha sido recientemente reajustada; pero es obvio que la autoridad rechaza enérgicamente todo compromiso en la materia para evitar que la política de ejecución del país pueda ser interpretada como una manifestación de debilidad respecto a las fuerzas subversivas y como iniciación de un proceso que tendiese a la inserción del comunismo en la vida política del país. España ha sufrido demasiado del comunismo para consentir en volverle a dar derecho de ciudadanía. El mismo discurso vale para Portugal, donde la legislación anticomunista es más visible y destacada, y realmente forma un verdadero y propio *corpus* de normas.

Fuera de Europa, la situación de los partidos comunistas en los países del mundo libre no es (en su línea máxima) ciertamente más favorable al proceso de penetración ideológica del marxismo. Y esta comprobación, que encuentra verificación en los hechos, constituye un fenómeno de extremo interés que conviene meditar.

Si se piensa en los medios empleados por el comunismo internacional para alcanzar sus fines, en las vidas humanas sacrificadas, en el dinero recogido por cualquier sistema utilizado, sin ahorro para activar desórdenes en cada ángulo del globo, y se compara este derroche de energías y de medios con los resultados globales conseguidos, no se puede hacer menos que considerar que o la fuerza de la ideología comunista está disminuida, o que frente al amor por la libertad y ante un pueblo decidido a defender la propia independencia a todo precio no hay movimiento subversivo que se sostenga. Amor por la libertad y culto de la independencia, primeros entre los valores que se deben tener más en cuenta, como los elementos que de hecho tienen mayor peso y sobre los cuales apoyarse para erigir una barricada frente al marxismo.

En una serie de países el comunismo, aunque admitido oficialmente para disfrutar de las ventajas derivadas de la dialéctica democrática, es tan débil, que no está en grado ni siquiera de conquistar una simbólica representación parlamentaria. Austria, Canadá, Nueva Zelanda, Perú, para citar algunos de los más sometidos al esfuerzo de penetración marxista, pero que ignoran casi del todo la amenaza comunista. Y en algunos de ellos (sobre todo Australia y Nueva Zelanda) el nacimiento de fracciones filochinas ha debilitado de tal manera los respectivos grupos de extrema izquierda, que les ha privado de toda o cualquier fuerza.

En otros países (en la mayor parte de las naciones del globo, interesantes por la posición política y social ocupada) es mayor, pero bastante irrisoria. En dos o tres los sitios conquistados fatigosamente y retenidos con otra tanta pena, no consienten ciertamente a los movimientos marxistas jugar el más mínimo papel relevante en la vida política.

En el Japón, el partido comunista (desgastado por escisiones que no terminan entre filosoviéticos y filochinos) representa apenas el 2 por 100 del cuerpo electoral; en Ceilán, el 3 por 100; en la India, el 5 por 100; en Israel, el 4 por 100; en Uruguay, el 3 por 100, y en Venezuela, el 5 por 100.

Detengámonos aquí. La catalogación podría continuar, pero son suficientes estos datos para comprender cuán insignificante sea la presencia del comunismo en el mundo libre sobre el plano de la organización y lo conspícuo que es el contraste ya anotado entre las potencias de los medios empleados y la peligrosidad de la ideología por un lado, y por el otro, la escasez de los resultados.

El mundo libre tiene hoy dos medios para defenderse: el voto y las medidas represivas. En gran parte de los países del globo se prefiere recurrir al primer sistema para bloquear el avance comunista. Otros países, en vez de eso, prefieren afrontar al marxismo con sistemas más enérgicos, aunque además sean adoptados en los límites de la más ortodoxa legalidad. En pocas palabras: poniendo al comunismo fuera de la ley.

Hemos visto cómo ha obrado Alemania Federal en Europa. Fuera de Europa una serie de Estados han recurrido de hecho a esta medida represiva (pero justificadísima bajo el perfil jurídico y moral) para salvaguardar la integridad de la propia estructura de la acción marxista. El partido comunista está fuera de la ley en numerosos países. Entre los más importantes, Birmania (donde fue declarado ilegal en 1960); Brasil, después de la caída de Goulart (del cual era uno de los principales sostenedores el secretario general del partido comunista brasileño, Luis Carlos Prestes); China nacional, que desde hace tres lustros lleva una valerosa lucha (verdadero David frente a Goliat) contra la extrapotencia de Pekín; Corea del Sur, Iraq, Méjico (país más bien blando ante las posiciones radicales, y cuya actitud intransigente respecto al comunismo asume, precisamente por esto, un significado particular), Nepal (donde el comunismo fue suprimido desde diciembre de 1960, junto con los otros partidos, gracias a una valerosa decisión del rey), Paraguay, la República Árabe de Egipto (a pesar de los coqueteos a veces con rusos y chinos), Africa del Sur (que ofrece una serie de normas anticomunistas de extremo interés y actualidad), Tunicia, Turquía, Vietnam del

Sur, el Camerún (donde la filocomunista Unión de los Pueblos del Camerún ha sido eliminada), Níger (donde el partido marxista SAWABA ha sido puesto en la imposibilidad de perjudicar precisamente en el alba de la adquirida independencia). Y Marruecos, donde el partido comunista fue disuelto en febrero de 1960 con una sentencia que ha tenido la definitiva y autorizada sanción del Tribunal Supremo, el cual ha sostenido que el partido comunista está «*en contraste con el régimen en el poder y con los principios fundamentales del Islam*».

En la Argentina ha sido abolida una serie de decretos-leyes que prohibía la actividad del partido comunista y la difusión de las teorías marxistas. Sin embargo, el Gobierno se ha reservado una notable cantidad de instrumentos idóneos para desarraigar cualquier tentativa subversiva por parte de la extrema izquierda. Como el plan «Conintes», que prevé la adopción de medidas extraordinarias de represión en el caso de desórdenes internos; el Estatuto de los Partidos Políticos, creado precisamente para limitar las actividades del partido comunista, y, por último, la inminente Ley de Defensa Social, que, una vez aprobada, pondría a los comunistas en la imposibilidad de actuar.

Por lo demás, concretos instrumentos de defensa anticomunista los encontramos en un país que no puede recibir lecciones de democracia de ningún otro, sino que puede darlas; un país que no tiene el infortunio de hospedar a un partido comunista que esté en grado de preocupar, es decir, los Estados Unidos. La ley más completa en materia de represión de las actividades subversivas es la promulgada en 1950 y que lleva el nombre de «Internal Security Act».

Para comprender su significado y su importancia basta leer la introducción:

*La Internal Security Act es una ley con la intención de proteger a los Estados Unidos de determinadas actividades contrarias al espíritu y los intereses de la nación norteamericana y subversivas, mediante la obligatoriedad de una afiliación a la organización comunista.*

Elaborada en un período particularmente crucial para la historia norteamericana, esta norma ha sido con frecuencia objeto de críticas. En ambientes favorables a una política más moderada respecto a los marxistas,

sostenían que siendo los comunistas poquísimos en los Estados Unidos, era inútil iniciar una especie de cruzada contra ellos. Al contrario, quienes se daban cuenta de la peligrosidad de una política de distensión respecto a la extrema izquierda (precisamente en el momento en el cual el comunismo internacional sostenía su ataque contra el mundo libre en Corea) afirmaban que sólo gracias a la elaboración de precisas normas anticomunistas se podía evitar la expansión de las iniciativas subversivas también en los Estados Unidos.

La polémica ardió, y todavía arde ahora, sobre la oportunidad de aplicar rigurosamente disposiciones duras, como aquellas contenidas en la «Internal Security Act». Queda además el hecho de que hoy el partido comunista norteamericano es un organismo que nadie toma en serio, y esto gracias a la aplicación de unos precisos principios legislativos, cuya actuación ha tenido, por lo menos, el mérito de reducir a justos límites la actividad marxista en Norteamérica. Es, por tanto, evidente que el comunismo en Norteamérica no tiene la más mínima posibilidad de afirmación en el porvenir.

El comunismo norteamericano, mantenido bajo el tiro de una legislación rigidísima, afectado por discordias continuas (de estos días es la noticia de la fundación de un nuevo movimiento filochino, en oposición al filosoviético). Golpeado por la muerte de la figura más representativa del partido, la presidenta, Elisabeth Flynn, el movimiento comunista norteamericano se encamina a convertirse en objeto de curiosidad para los turistas más que en instrumento de penetración política.

Y propiamente esto es lo que nosotros auguramos que acontezca en todos los otros países del mundo libre, no excluida Italia, donde el comunismo desde hace cincuenta años desenvuelve una misión de odio.

FRANCESCO LEONI

(Traducción de RODOLFO GIL BENUMEYA.)